José Zorrilla

De Murcia al cielo



GENIO MALIGNO

JOSÉ ZORRILLA

De Murcia al cielo

GENIO MALIGNO

De Murcia al cielo, de José Zorrilla.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1893. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1964.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/De_Murcia_al_cielo. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

De Murcia al cielo

A los señores Marqués de Villalba le los Llanos, conde de Roche, don Ricardo Sánchez Madrigal y don Antonio de Sandoval.

Mis queridos amigos: Al recibir este librejo que os dedico, puede que se os ocurra que es una parodia profana de la santa parábola de los peces y los panes, puesto que pretendo satisfacer a tantos con tan pocos versos: pero os suplico que tengáis presente que esta leyenda, cuento, poema o como queráis llamarlo, siendo obra de un poeta que ha contado ya sus setenta y un inviernos, es una de las últimas llamaradas de la lamparilla de su ingenio que chisporrotea para apagarse; uno de los últimos suspiros de su cuerpo que va a volverse a la tierra, y una de las postreras aspiraciones de su alma, que va a volverse a Dios.

Debían ir con los vuestros en esta dedicatoria los nombres de mis buenos parientes los Revengas y el del alegre Nicolás Acero, mi hospedador. Pero a aquéllos, que tienen la sangre de mi madre y que saben que por ella llevo sus nombres esculpidos en mi memoria y su cariño infiltrado ne mi corazón, no necesito darles públicas pruebas de amistad, ni al público le interesarían mis alardes públicos del cariño que sólo recibe calor en el hogar doméstico y en la intimidad de la familia; y a Nicolás

Acero le guardo su sitio en uno de los rincones de Valladolid de MI ÚLTIMA BREGA; en el de la casa en que nací, de la cual es hoy propietario.

Decídselo así a Nicolás, si por ahí dais con él, que por ahí debe de andar; y repetídselo a los Revengas, que en Murcia habitan.

Enviad este librejo a Orihuela, donde la lluvia nos dejó apenas vernos las caras, y a Mula, donde no pude in a enseñar la mía, por la premura del tiempo, por enojosos negocios y por achaques en mi edad inevitables.

Haced presentes mis recuerdos al Prelado, que tan benevolamente escuchó mis salmodias; al Municipio y a los Institutos, que me honraron con sus invitaciones y obsequios, y haced leer a las murcianas de la ciudad y de la huerta los versos que a ellas y a vosotros os dedica, cumpliendo un deber de gratitud, vuestro viejo poeta que os quiere,

José Zorrilla.

Madrid, mayo 20 de 1888.

De Murcia al cielo

I

De piedra un albo Santuario,
del que hizo la devoción
un valioso relicario
con un annuo aniversario
de anual peregrinación,

de un verde monte en la loma
que de azahar exhala aroma
y tiene a Murcia a sus pies,
blanquea como paloma
anidada en un ciprés.

Aquel monte es un tesoro
de fe y de vegetación
desde los tiempos del moro;
rebosa el Santuario en oro
y el monte es de oro un montón.

El monte es de tradiciones
poéticas un arcano:
dos razas, dos religiones
las sembraron a montones
bajo él con sangrienta mano.

Siete siglos de pelea
costó encender a las dos,
del incendio con la tea,
el faro que hoy centellea
sobre él con la Cruz de Dios.

Huyó la grey musulmana
allende el mar; campa sola
ya en Murcia la Cruz cristiana,
y allí hace hoy la fe murciana
su romería española.

Original romería
de aquella tierra del sol,
de la fe y de la alegría:
de un pueblo de esos que cría
no más el suelo español.

Pueblo típico y genuino
de la España recobrada
del Tetuani y Tunecino,
que aún mezcla al ritual divino
los lelís de uan algarada.

Pueblo ardiente de *huertanos*,
que, aun con trajes y usos moros,
dan a los ritos cristianos
remates mahometanos
de fuegos, zambras y toros

Vencedor establecido
en el hogar del vencido,
aún vive sobre su pista,
a lo ganado adherido
por él en su reconquista.

Vive católico y muere
con católicas exequias;
mas siembra, riega e ingiere
cual moro, de quien prefiere
usos, aperos y acequias.

Y no se deshonra en eso,
ni se atasca en el progreso;
a su conquista se apega,
y el carácter guarda ileso
de su hogar y de su vega.

Pueblo sobrio, sano y fuerte
aunque entre flores se cría,
mientras vive se divierte;
sin miedo espera a la muerte
y en Dios al morir se fía.

Tierra y gentes son aquellas
de tan bravos caracteres,
que en ella son, ellos y ellas,
los hombres como centellas,
como estrellas las mujeres.

Pueblo es aquél a quien debo
últimas horas tan gratas,
que aún me creí allí mancebo;
y aún en mis oídos llevo
su aplauso y sus serenatas.

Por mí en su amistad extrema
y extrema galantería
hay de un buen libro un buen tema;
mas ya labrar no podría
de gratitud tal poema.

De mi rápido camino
por país tan peregrino,
no puede al pueblo murciano
dar ya más mi ingenio cano
que este recuerdo mezquino.

De Murcia al cielo

II

Volvamos al monte aquél
y al tiempo tradicional,
en que en manos del infiel,
aún no blanqueaba sobre él
el rico Santuario actual.

Dejemos para otro día
y para otra poesía
más realista y más cristiana,
la alegre fiesta murciana,
que va al monte en romería;

y volvamos mente y ojos
al tiempo ya inmemorial
de cuentos, sueños y antojos,
que da hastío y causa enojos
al filosofismo actual.

Y dejadme aquí ingerir,
aunque a mí no me competa,
lo que aquí voy a decir
como ilógico poeta
que divaga al discurrir:

y es: que España, a quien no inquieta
de hoy el negro porvenir,
que a la ley mal se sujeta,
de cuya vida son meta
holgar, cantar y reñir,

podrá su fe y poesía
arrojar al albañal;
mas dejadme que me ría
de vuestra filosofía
predicada a pueblo tal.

Aquí, en nuestra buena España,
donde se duerme la siesta,
donde se canta la caña,
donde el trabajo molesta
y es la vida una cucaña,

quien parece que medita,
reflexiona o filosofa...
sueña, está en Babia o dormita;
que no es país de la estofa
del de el griego Estagirita.

A este sol del mediodía
se filosofa tan mal,
que España tiene hoy en día
en una guitarrería
su piedra filosofal.

Y dejando también esto
para mejor ocasión
y sitio en que esté bien puesto,
volvamos al curso y texto
de mi rota narración.

Vamos, pues, al monte aquél
a ver si damos por fin
con la tradición que en él
y de Murcia en el jardín,
dejó tras sí el moro infiel.

De Murcia al cielo

III

Sinfonía, introducción
o escena preparatoria
de la árabe tradición,
surge aquí la precisión
de *hacer* un poco de historia.

.....

Horas a caso después
de la en que vió de través
dar a su infausto destino
con su gloria el Damasquino
Khalifato Cordobés,

vió Murcia que la invadía,
viniendo por Almería,
de moros una caterva,
que como el agua y la yerba
se aglomeraba y crecía.

De aquel árabe aluvión
jamás la fecha y la historia
supimos con precisión:
guardan de él turbia memoria
poesía y tradición.

Mas Murcia fué siempre tierra
muy bien mirada por Dios,
y el germen del bien que encierra
la ha llevado en paz y en guerra
siempre de su bien en pos.

Se habla de un Emir dichoso,
un Abú-Bekhr-al-Kaisí,
que es el tal vez fabuloso
Aarum-ar-Raschil famoso
de las leyendas de allí:

y debió este Emir, sin duda,
nacer con muy buena estrella;
pues catástrofe tan ruda
de él solo vino en ayuda,
y él solo ganó con ella.

La Omíade dinastía
cordobesa cayó en brazos
de otra raza más bravía,
y a robarla sus pedazos
se echó toda Andalucía.

Abú-al-Kaisí con destreza
sagaz, con tenaz firmeza
y con audacia oportuna,
supo atar a la fortuna
de su hueste a la cabeza:

y se dió tan buenas trazas,
que de toda Andalucía
taifas, tribus, huestes, razas,
a su corte y a sus plazas
y a su sueldo se atraía.

Su Emirato, por mezquino,
despreció y dejó en su mano
el rey moro granadino;
y sobre Murcia no vino,
mientras él reinó, el cristiano.

Con diplomacia sagaz
y constancia pertinaz,
de su fértil territorio
fué haciendo un pequeño emporio
de los bienes de la paz

Pronto acudieron terrenos
a demandar al Emir
cuantos labradores buenos
y tratantes agarenos
ansiaban en paz vivir;

y al vago, y al tornadizo,
y al levantisco alistando
en su pendón fronterizo,
de su turbulento bando
se aprovechó y se deshizo.

Poblóse Murcia de gente
honrada e inteligente,
útil, laboriosa y buena;
y un alba de paz serena
despuntó en un nuevo oriente:

De la paz santos baluartes,
surgieron en todas partes
molinos, agricultura,
comercio, escuelas..., la holgura
del tráfico y de las artes.

Al pie de la fortaleza
se levantó la mezquita;
y un trabajo sin pereza
trajo a Murcia la riqueza
con la paz por Dios bendita.

Al Gualentín y al Segura
sangrando o poniendo presas,
vertió al-Kaisí en la llanura
raudales de su agua pura
por huertos, prados y dehesas.

Los montes, hoy tan pelados
y de árboles tan escuetos,
eran bosques enramados,
que albergue y pasto en sus setos
daban a caza y ganados;

y este Emir, genio del bien,
de Murcia amparo y sostén,
logró de Murcia, por fin,
hacer primero un jardín
y por último un edén.

Y el monte aquél, tras del cual
vamos por este papel
buscando aquel oriental
relato tradicional
que dejó el árabe en él,

era entonces ramillete
de árboles, yerbas y flores,
que exhaló, como un pebete
de un hada en un gabinete,
en la aura un millón de olores;

que aún hoy las brisas aspiran
y sobre Murcia los tiran,
y en su huerta los derraman
cuando sobre Murcia giran
y en ella los desparraman.

Tenía, y tiene, una grieta
el monte aquél, una veta
del terreno el más fecundo,
que a ningún azar sujeta
de los azares del mundo:

es una extensa cañada,
copia del edén perdido;
de los vientos abrigada,
de la escarcha resguardada
y de oropéndolas nido.

Allí se dan, coetáneos
y a miles, flores y frutos
disímiles y espontáneos:
con los más suaves geráneos
los nísperos más hirsutos:

cuyo polen y semillas
conducen allí en sus picos
las errantes avecillas,
el insecto en sus alillas
y el aire en sus abanicos.

Y aquella fértil cañada,
que es de Murcia la portada,
de quien su huerta es alfombra,
y a quien da el monte la sombra
del toldo de su enramada,

es canastillo de rosas,
foco de restauradores
y vivíficos vapores,
fanal de las mariposas
y nidal de ruiseñores;

en donde jamás entrada
ni el mal ni el duelo han tenido;
do adverso no llegó nada,
ni aura de peste infestada
ni de terremotos ruido.

Tal era el edén murciano
cuando Abú-Bekhr-al Kaisí
de él era Emir soberano;
y ahí va de él en castellano
lo que en árabe leí.

De Murcia al cielo

IV

Dice un rawí musulmán
que Murcia es un tulipán
con aroma de jazmín,
que Dios regaló al sultán
que su huerta hizo jardín;

que su huerta es un vergel
que da en su tierra jugosa
desde la palma al clavel,
y una fruta más sabrosa
y más dulce que la miel.

Murcia es un pomo de esencia,
que guarda los mil aromas
de toda la eflorescencia
que hoy va buscando la ciencia
por bosques, valles y lomas;

la flora y los vegetales,
legumbres y cereales
de más ricas producciones
y substancias más vitales
de las más ricas regiones.

Tierra en que todo se engendra,
lábrenla mexuar o taifa;
do se azucara y se acendra
desde la cidra a la almendra,
desde el higo a la azufaifa;

del sacro laurel del Pindo,
hasta el naranjo de China;
desde el Toresano guindo,
hasta el agrio tamarindo
de Egipto y de Palestina;

desde el nardo y la azucena
hasta el balsámico aromo:
de la rústica verbena
y la humilde hierbabuena,
de Alepo hasta el cinamomo.

Desde las al tacto esquivas
mimosas y sensitivas,
hasta el argentado pobo;
desde el lustroso algarrobo,
a las mates siemprevivas.

Desde el moral Bergamasco
que da el fruto en sangre tinto,
y el moscatel de Corinto,
y el durazno de Damasco,
de Siria hasta el terebinto.

Murcia, del sol favorita,
que la baña en áurea luz,
de Aláh y Jehová bendita,
es una árabe mezquita
crestonada por la Cruz.

Murcia es un kiosko florido,
escondite de una hurí
que huyó del Edén sin ruido;
celeste alondra, que un nido
descendió a labrarse allí.

.....

De Murcia un moro esto dice
contando esta tradición,
de la cual traducción hice:
sin que de ella garantice
ni verdad, ni traducción.

De Murcia al cielo

EN EL CIELO

La leyenda del Rawí moro contada por el poeta cristiano

I

Un día de los mundos mirar la marcha quiso
y ver si obedecía su ley la creación,
y hasta las puertas de oro bajó del Paraíso
el sumo Dios que extrajo del caos su embrión.

De la mansión edénica llegó hasta el peristilo;
el ángel que en él vela su pabellón abrió,
y de la etérea cumbre desde el confín tranquilo
Aláh del universo la marcha examinó.

Lo que los hombres llaman vacío y firmamento,
el aire azul que cielo para nosotros es;
el infinito espacio, vivífico elemento
de su millón de mundos, se desplegó a sus pies.

Las nebulosas, mundos de formación en vías,

que un día serán soles tras larga evolución,
las pálidas estrellas como la luna frías,
que chispas y satélites de soles viejos son;

los rápidos cometas de inmensurables colas,
asombro de los mundos a cuya vista va
por leyes de equilibrio de Dios, que son las solas
que actividad, impulso, tracción y luz les dan;

todo eso misterioso que permanece oscuro
y que la ciencia humana comienza ya a entrever,
todo eso que algún día debemos de seguro
por nuestro ser divino sondar y comprender;

todo eso que se mueve, se cuaja y se deshace,
que radia y cabrillea mientras girando va,
todo eso que va y vuelve, que muere y que renace,
se eclipsa y se ilumina, que libre o fijo está;

todo eso, mundo o átomo, que atraillado o suelto,
lanzado o atraído por un poder central,
por algo vive, y marcha, y rueda en algo envuelto
que engendra o debilita su evolución vital;

todo eso que englobado se ve desde la tierra,
todo eso que compone la sideral región,
lo turbio y lo visible que el universo encierra,
cuanto en conjunto forma lo que es la creación,

se presentó a la vista de Dios que quiso verla:
Dios vió de una mirada que funcionaba bien,
y se fijó en la tierra, que va como una perla
en el collar de mundos en que engarzó el Edén.

Y aquella perla, negra por su hemisferio en sombra,
y por el claro blanca porque refleja al sol,
tenía un punto verde, que cual jirón de alfombra
un trozo tapizaba de ámbito español.

Corría por entonces el fin de un mes de enero:
la tierra iba aguantando borrasca general
de nieve y de ciclones, y entre el impulso fiero
del terremoto y de ella se gobernaba mal.

Como hoy la rodeaba de niebla y torbellino
atmósfera que entolda su natural color:
y aquel jirón tan verde, de brillo esmeraldino
y emblema de esperanza, primaveral verdor

en medio de las nieves, tal vez un desatino
de los de España indígenas le pareció al Señor;
y contemplando al globo por su órbita el camino
seguir, seguía atento y absorto el Criador.

El ángel que en silencio y en pie quedó guardando
del peristilo de oro las gradas de marfil,
su voluntad sumiso permaneció esperando,
como Él viendo del mundo las maravillas mil.

De aquella gradería y ebúrnea escalinata,
como alcatifa regia, tapiz de estrado real,
espléndido arrancaba sobre molida plata
pensil maravilloso de masa vegetal.

Todo era allí viviente sobre su blanco piso,
los árboles, las plantas, la flor y el manantial;
y el árbol que la tierra llamó del Paraíso
llenaba aquel ambiente de aroma celestial.

Y en armonía todo y en su lugar preciso,
era el pensil, conjunto de perfección cabal,
el semillero místico do atesorar Dios quiso
los gérmenes que nutren la vida universal.

Radiaban y exhalaban los árboles, las flores,
la planta, el césped... todo, perfume y resplandor:
miriadas de aves, silfos e insectos voladores,
lumíneas mariposas y pájaros cantores,
oreaban y mecían el árbol y la flor.

Y de este Edén externo, del otro abreviatura,
que en comprensión no cabe de nuestra mente oscura,
vestíbulo viviente de la Edenial mansión,
cuidaba aquella hermosa celeste criatura
que alzó ante Dios del pórtico del cielo el pabellón.

El ángel era un tipo
sin par de criatura,
prodigio de hermosura,

modelo escultural;
un ser cuyos contornos
con apariencia humana,
realza soberana
belleza celestial.

Sobre su espalda pliéganse,
ligeras como espuma,
dos alas de alba pluma
de trabazón sutil,
que caen cual manto níveo,
prestando a su apostura
la gracia y la blancura
del cisne más gentil.

Un nimbo su cabeza
de luz corona y ciñe,
cual la que el cielo tiñe
de albor matutinal;
y de su cuerpo y hálito
se exhala y se desprende
perfume que trasciende
al ambar edenial.

.....

El Criador y el ángel, cuya divina esencia
ni necesita idioma, ni para hablarse voz,
verificaron, obra de su alma inteligencia,

de sus ideas mutuas la transmisión veloz.

.....

—¿La tierra ves?
—La veo,
—¿Qué punto es aquel verde
de España en un invierno tan crudo?
—No lo sé:
entre el vapor la línea de mi visual se pierde,
Señor; mas si lo ordenas a averiguarlo iré.
—¡Ve!—pensó Dios; y el ángel del ¡ve! de Dios sintiendo
la fuerza y el mandato, que Dios no formuló
con gesto ni palabra, su aliento recogiendo
y echándose al vacío, sus alas desplegó.

El rayo y el telégrafo, de quienes ha sabido
la rapidez y fuerzas el hombre avasallar,
son términos inútiles de cálculo perdido
para medir lo rápido del ángel al volar.

.....

Los mundos de los múltiples
sistemas planetarios
los unos embrionarios
y en pobre evolución;
los otros desbordantes
de luz y fuerza viva,
y ya en su edad de activa

vital condensación;
los viejos, que caducos
se enfrían y se agotan,
y en el vacío flotan
con decadente acción;
la luna, el sol, los soles
de incógnitos planetas,
y estrellas y cometas
de nuestra azul región,
le vieron un instante,
de luz y aroma estela
dejando por do vuela,
pasar como un ciclón.

Vió Dios su forma móvil
ir alba y luminosa,
primero como cándida
paloma vagarosa,
después como una ingrávida
y blanca mariposa,
después como luciérnaga
pequeña y revoltosa,
que bulle entre los brotes
del césped de un jardín,
entrar en nuestra atmósfera,
llegar al globo junto,
tocar al verde punto

del español confín,
y en él, cual mancha de agua
que se evapora y pierde,
sobre su punto verde
desvanecerse al fin.

.....

Dios, viendo que seguía
su creación perfecta,
en unidad correcta
y funcionando bien,
la ebúrnea gradería
del áureo peristilo
subió, y volvió tranquilo
a entrar en el Edén.

Volvió todo con su hálito
en el Edén dichoso,
a entrar en el reposo
y Dios a entrar en sí.

Allí no tiene el tiempo
ni cuenta ni medida;
mas hay, de aquella vida
para contar aquí
los plazos y las fases,
que asimilar las frases
de nuestro tosco idioma

con las que se habla allí.

.....

Las sombras comenzaban
a oscurecer el día,
y el ángel no volvía...
Dios dijo: —¿Qué hará allí?

De Murcia al cielo

II

El mundo iba ya pronto de la nocturna niebla
bajo los pliegues pardos en el dominio a entrar,
y cuando vivo el hueco de lo infinito puebla
entre las sombras iba muy pronto a reposar.

Aún daba a los mil mundos del infinito espacio
reflejos de oro pálido la luz crepuscular;
mas ya en sus tornasoles el ópalo y topacio
con tintas se empezaban de cárdeno a manchar.

La tierra, trabajada por rachas de ciclones,
diluvios y nevadas en un invierno cruel,
rodaba entre brumosos plomizos nubarrones,
mostrando sólo el claro del verde punto aquél.

Brotando de él (bien fuese llanura, valle o loma),
como fugaz luciérnaga fosfórica y mayor
a cada instante haciéndose..., primero cual paloma

nevada, después águila..., surgió algo volador
que del cometa el ímpetu y el derrotero toma,
que avanza entre los astros con vuelo aterrador:
que como chispa eléctrica
tras uno y otro asoma,
se esconde y aparecése
dejando en su redor
henchidas sus atmósferas
de embriagador aroma,
y en una estela trémula
de vago resplandor,
el pasmo y el asombro detrás de sí..., es el ángel
que vuelve a Dios batiendo sus alas de condor.

Pasó rasando al héspero veloz y taciturno,
porque volvía tarde de Dios ante la faz;
cruzó, ciego, el anillo dorado de Saturno,
saltó del aire el límite y se perdió fugaz.

Dios percibió su vuelo y comprendió su prisa,
por más que él procuraba su ruido amortiguar;
y Dios salió a encontrarle con paternal sonrisa,
cuando llegaba el ángel en actitud sumisa
en las ebúrneas gradas del pórtico a posar.

.....

Amaba Dios a su ángel, porque el Señor es bueno;
ante Él sentía el ángel sonrojo y timidez;

y aunque el Señor mostrábase con él de enojo ajeno,
confuso estaba el ángel por la primera vez.

De Dios ante el espíritu permaneció confuso,
que a Dios allí sentía, mas no veía a Dios;
Dios, misericordioso, con Él y en sí le puso,
y así, sin voz, hablaron en soledad los dos:
—¿Qué era lo verde?
—Murcia.
—¿Por qué tardaste tanto?
—Porque olvidé las horas y mi misión allí.
—¿Pues qué hay allí?
—Otra gloria.
—¿Tal es?
—¡Es un encanto!
—Pues cuenta lo que has visto.
—Pues...
—¿Qué?
—Que nada vi.
—¿Nada en un día viste?
—Razón para dar de ello
cual mensajero vuestro, no; nada vi Señor.
Me apercibí del clima primaveral, del bello
país, mas no traspuse su límite exterior.
—¿Por qué?
—Porque a la entrada
de la primer cañada,

con una ligerísima
gentil *huertana* di,
y allí me estuve en pláticas
sin ilación con ella,
hasta que vi una estrella
brillar... y me volví.
—¿Tan bella era la rústica?
—Sí lo es; mas no un portento.
—¿Qué te hechizó?
—Su acento
y lo que hablar la oí.
—¿De qué te habló?
—De flores,
de cuentos campesinos,
de rústicas labores;
pero lo habló tan bien,
que oyendo aún estaría
sus cuentos peregrinos:
mas expiraba el día...
y me volví al Edén.
—Mas ¿tales son sus cuentos
y sus palabras tales,
que embebecen atentos
y embelesar así
allá en la tierra pueden
a seres celestiales?

—Jamás los supo iguales
contar ninguna hurí.

Su voz es una música
de mágica armonía,
sus cuentos poesía
de espíritu oriental;
de cada cuento suyo
la acción es un poema
de perfección extrema,
de corte original.

Timbrado está el acento
con que ella los relata
con vibración de plata
y en notas de cristal;
y el ritmo de su lánguida
y extraña salmodía,
encierra una armonía
de encanto sin igual.

Sultana de las flores
llamarla allá podrían;
aquí la llamarían
hermana las hurís;
tomarla el paganismo
podría bien por Flora,
la noche por la aurora,

por flor los colibrís.

.....

Oyendo la del ángel poética pintura,
absorto Aláh un momento quedó dentro de sí:
y luego al ángel dijo:
—De aquella criatura
lo que me dices pruébame: lo que te dijo di.

Y el ángel, transmitiendo
por gracia intuitiva
como palabra viva
su pensamiento a Dios,
las frases terrenales
que en su memoria toma
en ritmos convirtiendo
de su celeste idioma,
cual perlas engarzando
las fué una de otra en pos,
y a Dios se las fué enviando
en un vital fluído
de ondulación sin ruido,
y en humo de un aroma
creado y absorbido
a un tiempo por los dos

De Murcia al cielo

III

EL POEMA DE LAS FLORES

Para regalo del hombre en la tierra creó Alah estas cuatro cosas: las flores, los perfumes, los caballos y las mujeres.

AL-KORÁN.

«Cuando a las flores destierra
el invierno, y en la tierra
al materno abrigo duermen
del incienso son el germen
que ella para Dios encierra.

Las silvestres, que abrileñas
abren sus hojas pequeñas
al sol, la lluvia y las brisas,
son los guiños y sonrisas
de los montes y las breñas.

Las que en la estación lozana
primaveral la floresta

cubren de gualda, oro y grana,
son el vestido de fiesta
con que el campo se engalana.

Las que en plena floración
le dan tan sin par belleza,
son la primera oblación
que hace la Naturaleza
al que hizo la creación.

Dios y el pueblo aman las flores;
Dios las tiene en sus altares,
y de aquél son los mejores
atavíos y primores
en sus fiestas populares.

Todos los humanos seres
las aceptan con cariño
en duelos como en placeres:
las lleva a la tumba el niño
y a los saraos las mujeres.

Amor de la luz del día,
de las aves alegría,
manto y joyas del vergel,
dan al aire su ambrosía
y a las abejas su miel.

Son del amor el lenguaje,
de las bodas el mensaje,

del matrimonio la prenda,
de la gratitud la ofrenda,
de la gloria el homenaje.

Quien no gusta de las flores
¿a qué tendrá aspiración?
Quien no admira sus colores,
ni se arroba en sus olores,
¿qué tendrá en el corazón?»

.....

Calló, y esperó el ángel
el fallo del Señor;
en el pensil edénico
ni eco fugaz ni son;
de Dios y el ángel todo
quedóse en derredor
reconcentrado y mudo
y en muda espectación.

La voluntad del Único
y Omnipotente Dios
no se expresó con fórmula
de frase, ni con voz:
su voluntad recóndita
al ángel transmitió,
absorta comprendiéndola
con Él la creación.

.....

«Tan fiel adoradora,
con tal leal fe en mí
gentil floricultora,
de genio tan sutil,
en la labor tan diestra
y en el trovar maestra
es un criatura
que no está bien allí.

La vida del espíritu
no está en la tierra vil,
la almée creyente y virgen
morar merece aquí;
¡que todo esté en su atmósfera!
la flor en el pensil,
la estrella en el espacio
y en el Edén la hurí.»

Apenas concebida
la voluntad de Dios,
segunda vez el ángel
sus alas desplegó.

De Murcia al cielo

IV

La noche era serena, la luna ya en su ocaso,
por la murciana huerta reposa todo en paz:
ni una aura vagabunda las hojas mueve al paso,
ni evoca el son más débil el eco más fugaz.

En su morada, exenta de pena ni cuidado,
reposa la *huertana* con quien el ángel dió:
no tiene padres: sola sus muertos la han dejado;
crióse entre las flores, como botón cerrado
de rosa en un capullo que el sol no calentó.

Un viejo de su tribu, de origen damasceno,
quien empleó ochenta años en estudiar y en ver,
entre cristianos y árabes tenido como bueno,
y sabio en cuanto pueden los árabes saber,

la prohijó muy niña, se encariñó con ella;
y como son extremos la infancia y la vejez,

tocáronse y soldáronse: y por la misma huella
de la vejez fué dócil marchando la niñez.

Los cuentos con que el viejo de niña la dormía,
el germen que en su espíritu de la virtud sembró,
la ciencia de las plantas que el viejo la infundía...
por pájaros y flores su natural manía,
la fe y la poesía que en su alma inoculó,

de aquella niña hicieron un ángel en la tierra,
horticultora diestra después de la mujer;
florista y ornitóloga se hizo ella por la sierra;
fué el ídolo y encanto de cuanto Murcia encierra,
y fueron con un alma los dos un solo ser.

María la llamaban los míseros cristianos
cautivos: la llamaban los árabes *Myriam*;
Murayma el sabio viejo: *Gacela* los ancianos:
Sultana de las flores el pueblo y los *huertanos*,
y *hurí de sus jardines' Abú-al-Kaisí el sultán.
*

Aquella criatura, delicia de la gente,
ligera como un silfo, como una hurí ideal,
cual una almée atractiva, cual tórtola inocente,
dormía con un sueño de calma virginal.

Dormía, mas soñaba: fantástico, halagüeño,
más claro y perceptible que sueño natural
era un sueño: que era visión más bien que sueño,

y a un tiempo era fenómeno fantástico y real.

Soñaba que veía, a un tenue albor de aurora,
un Genio que cantaba de su balcón al pie;
y oía y comprendía de su canción sonora
la música y la letra, sintiendo que oye y ve.

Soñaba que veía y oía la figura,
la voz y las palabras de un ser y una canción;
y el ser era el mancebo que halló por la espesura,
y su cantar un ritmo de nunca oído son.

Su sueño, goce místico de fruición celeste,
era un deliquio, un éxtasis de amor espiritual
sin que su goce casto germine o manifieste
un átomo bastardo de sensación carnal.

Y la visión, el ritmo, la idea de la frase
de su cantar la infunden tan místico placer,
como el que sentiría su alma si flotase
de la materia suelta para cambiar de ser.

Del sueño aquel hipnótico la sugestión a solas
la sujetaba al goce de ver y de escuchar;
meciéndose en su sueño, como en sus mansas olas
se mecen las gaviotas y pájaros del mar.

Y en fruición tan íntima, desconocida y grata,
de sí sin darse cuenta, reconcentrada en sí,
la sugestión recibe del sueño y serenata;

cuyas estrofas rítmicas decían algo así:

porque en idioma humano sería en mí insensata
de darla traducida mi pretensión aquí:
mi ingenio aquí, impotente, la tradición relata
informe y como puede: de daros sólo trata
de la divina historia del árabe rawí
la idea más conexa, y la ampliación más lata,
lo más afín de ese *algo* que se me alcance a mí.

De Murcia al cielo

V

LA SERENATA
Almo ser, que pareces no concebido
ni engendrado por obra de ser nacido,
tú que en la tierra
estás por un misterio que en ti se encierra;

blanca Hurí que al fugarse del cielo dijo:
«voy a ser de los hombres el regocijo»,
torna tu vuelo,
a levantar, y vente conmigo al cielo.

Ser celeste en la tierra mal hospedado,
¿con quién quieres en ella ser apareado,
ni cómo quieres
habitar con sus hombres y sus mujeres?

¿Qué hallarás en las zonas de este hemisferio
que te dé nutrimento ni refrigerio:

qué domicilio,
qué ropaje, qué mueble, ni qué utensilio?

A ti que en luz te bañas, que de ambrosía
y de néctar te nutres, que poesía
y ámbar exhalas,
y desplegar del ángel puedes las alas;

blanca, pues de azucenas te forjó mayo;
rubia, porque te dora del sol un rayo;
gallarda y bella
con un arcángel, pura como una estrella,

de su luz da a tus ojos el sol reflejo,
a tu cara la luna sirve de espejo,
y las palomas
en tu balcón te arrullan cuando te asomas.

Para verte en la tierra se abren las flores
y Dios abre del cielo los miradores;
y tus hermanas
las hurís te echan besos tras sus persianas.

Hurí, que huyó del cielo porque Dios quiso
que viera algo la tierra del Paraíso,
torna tu vuelo
a tender, o en mis alas vuélvete al cielo.

.....

En el deliquio extático del misterioso sueño
absorta y arrobada, sentía que un poder
ignoto, irresistible, se hacía de ella dueña
y transformaba en otro su primitivo ser.

En las palabras últimas de aquella serenata
Myriam irresistible mandato recibió:
y a impulso del ignoto poder que la arrebata,
volar por el vacío del aire azul creyó.

Soñando que volaba,
lanzada se sentía
por la región vacía
que atravesando va.
Soñaba que volaba
y que Edén subía...
y era verdad: el ángel
se la llevaba ya.

De Murcia al cielo

VI

De la región empírea cuando llegó a la altura,
dejó a Myriam el ángel delante del Señor:
miróla Dios: y absorta sintió la criatura,
sin miedo ni sonrojo, que la juzgaba Dios.

Dios vió que su alma virgen de tacha estaba pura,
que no fermenta en ella de Adán la levadura,
y en la mansión celeste lugar la señaló,
dejándola en el pórtico de la edenial ventura
en el lugar del ángel, a quien llevóse en pos.

La criatura humana tornóse en ser divino;
su corporal materia se inmaterializó;
y la feliz *huertana* que al Paraíso vino,
de su cancel guardiana y en su pensil quedó.

.....

Y hay kábilas y tribus de las de Murcia oriundas

hoy día vagabundas por Fez y por Tlemzém,
que creen que no es el ángel sino la hurí murciana
quien abrirá a sus almas las puertas del Edén.

Índice

De Murcia al cielo	4
De Murcia al cielo	6
De Murcia al cielo	10
De Murcia al cielo	13
De Murcia al cielo	20
De Murcia al cielo	23
De Murcia al cielo	32
De Murcia al cielo	38
De Murcia al cielo	42
De Murcia al cielo	46
De Murcia al cielo	49